EL INDIVIDUALISMO COMO CAUSA DE DESHONRA: *LA NECEDAD DEL DISCRETO* DE LOPE DE VEGA

JAIME FERNÁNDEZ S.J.
Sophia University, Tokyo

Acerca de *La necedad del discreto*, «gran comedia» de Lope de Vega, sólo existe, que sepamos, una breve nota de Emilio Cotarelo.[1] La pieza, fechada por Morley y Bruerton hacia 1613,[2] presenta un texto con alguna que otra alteración y, en dos o tres ocasiones, breves lagunas. Con todo, merece la atención del investigador, no sólo por ser una interesante versión escénica de «El curioso impertinente» de Cervantes, sino también por constituir una aguda exposición crítica de las consecuencias que acarrea el individualismo exacerbado, mal endémico del hombre español del Barroco.[3]

* * *

El duque de Ferrara ha nombrado gobernador de sus estados a Laureano, sabio doctor en leyes, famoso por su discreción y prudencia. Laureano llega a Ferrara, acompañado de su inseparable servidor y amigo Celio y de su criado Mongil. El duque, que ha sido informado por Celio de la condición enamoradi-

1. Sigo la edición de Emilio Cotarelo, *Obras de Lope de Vega* (Nueva Edición), Madrid: Real Academia Española, 1930. Tomo VIII, p. 32-66. Para una breve introducción a la comedia, *ibid.*, p. VII-IX del «Prólogo». Las citas del texto irán entre paréntesis, indicando la página y columna. Los subrayados en las citas son míos.

2. S.G. MORLEY y C. BRUERTON, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid: Gredos, 1968, p. 520. Los autores clasifican esta comedia entre las de «dudosa o incierta autenticidad». David CASTILLEJO (*Las cuatrocientas comedias de Lope de Vega*, Madrid: Teatro Clásico Español, 1984) no cree que sea de Lope (p. 110).

3. Para una excelente visión de conjunto de este individualismo, ver José A. MARAVALL, *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel, 1975 (Cap. VI: «La imagen del mundo y del hombre», p. 307-351).

za de Laureano, decide casarle con su sobrina Fabia. Laureano accede, aunque reconociendo que casarse equivale a «perder la opinión de discreto».

Poco después de celebrarse la boda, Celio critica a Laureano por seguir rondando a otras mujeres. Laureano revela entonces a su amigo una preocupación que le desvela: asegurarse de la firmeza y castidad de su mujer. Y por ello le ruega que la tiente requiriéndola de amores. Celio se niega, pero ante la insistencia de Laureano, y con el único propósito de convencerle de su loco error, comienza a poner en ejecución el plan descabellado. Fabia rechaza airada los asedios amorosos de Celio, a la vez que se entera por éste de las rondas nocturnas de Laureano. Fabia entonces se queja al duque de la inmoralidad de su esposo y ruega al caballero Lisardo, rendido admirador suyo, mate a un hombre, cuya identidad le revelará esa misma noche por medio de un billete.

Cae la noche. Celio, que ha acabado por enamorarse de Fabia, ronda embozado su casa, donde se topa con otro embozado, Mongil, que a su vez está allí rondando a la criada Julia. Sale Fabia al balcón y da el billete a Celio, creyendo que es Lisardo. Celio hace mutis. Aparece entonces Lisardo, que viene a recoger el billete, y descubre a Mongil, quien, para evitar complicaciones, se hace pasar por Polibio, secretario del duque.

Entretanto, el duque se ha llenado de ira contra Laureano por esos amoríos que deshonran su casa, y contra Polibio, a quien Lisardo ha acusado de ser galán de Fabia.

Celio, que ha leído el billete y comprendido las intenciones de Fabia, proyecta vengarse. Y así le dice a Laureano que ha sido informado de que su mujer y Lisardo intentan darle muerte. Luego hace creer a Fabia que el nombre escrito en el billete era el de Laureano, no el suyo, revelándole acto seguido el porqué de sus asedios amorosos. La reacción de Fabia es ejemplar: ruega a Celio que le ayude a salvar a Laureano. Si él ha sido necio —dice—, ella será discreta.

Al duque le resulta difícil dar crédito a Laureano, que acaba de referirle la necia historia de su obsesión, y decide interrogar al resto de los implicados para averiguar la verdad. Las respuestas parciales y contradictorias de todos ellos dejan sumido al duque en un mar de confusiones, y le llevan a la precipitada conclusión de que Laureano atenta contra su augusta persona, no obstante las protestas de Celio, que ahora intenta salvar a su amigo.

Laureano es apresado y acusa a Celio de ingratitud y deslealtad. Celio trata, finalmente, de decir la verdad, pero los gritos desaforados de Laureano, que acaba de perder totalmente el juicio, se lo impiden. En medio de su locura, Laureano califica agudamente a todos los presentes de necios. El duque ordena que Fabia se retire al lugar que prefiera de sus estados para asistir a Laureano en su demencia, y anuncia la celebración de las bodas de Camila (hermana de Fabia) con Celio, a quien proclama nuevo gobernador de Ferrara.

* * *

Hasta aquí el argumento. Queda al margen de nuestro propósito establecer en estas páginas una comparación entre la comedia de Lope y la genial novela de Cervantes. El lector habrá advertido las diferencias en el comportamiento de los personajes y en el desarrollo del tema. No obstante, el factor de irracionalidad que desencadena la acción y el carácter trágico del desenlace son elementos comunes a ambos autores: fin «nacido de un tan desatinado principio», como dice Cervantes,[4] o, como señala Lope varias veces: «que tanto mal suele hacer / la necedad de un discreto» (p. 66b).

No cabe la menor duda que ha sido la *necedad* de Laureano, ese su deseo obsesivo e irracional de querer comprobar innecesariamente la virtud de su esposa Fabia, la causa de todo el conflicto. Pudiera parecer que tal obsesión surge carente de naturalidad, improvisadamente, al comienzo del segundo acto. Sin embargo, no es así. El dramaturgo ha tenido buen cuidado de preparar su aparición desde el mismo comienzo de la pieza, esbozando dos rasgos del protagonista (desprecio a la mujer y excesiva confianza en sí) cuando le presenta con su amigo Celio rondando de noche a unas damas. Porque, en primer lugar, estas rondas nocturnas sólo tienen para Laureano un sentido: comprobar por enésima vez la liviandad, la volubilidad y falta de virtud de toda mujer. Y así, a través de la experiencia de tantas noches, ha llegado el sabio y discreto Laureano a la conclusión irrefutable de que no existe la mujer ideal, firme como el diamante; añadiendo veladamente que el matrimonio no pasa de ser una necia aventura abocada por fuerza a un final deshonroso: toda mujer, blanda «cera» al ser requerida de amores, no puede en el matrimonio guardarse como firme «diamante». Y, en segundo lugar, son estas mismas damas volubles quienes subrayan su rasgo más destacado y halagüeño: la fama que tiene de ser «hombre de raro valor y autoridad, único y excelente», tanto que una de ellas le califica de «divino humano».

Este último rasgo cobra —en un análisis más detenido de la pieza— extraordinaria relevancia, constituyéndose, aún más que el de la necedad, en causa radical del conflicto. Porque, después que Laureano ha propuesto insistente a Celio que requiebre a Fabia para comprobar la verdad de su virtud, y Celio ha tratado de hacerle ver el desatino, la necedad y la ceguera que tal empresa supone, tiene lugar entre ambos este concluyente y revelador diálogo:

LAUREANO: Celio, el *ser singular* mi ingenio pide
singulares efectos y opiniones.
CELIO: Sí; más con la *razón* regula y mide
la singularidad de tus acciones.
LAUREANO: Ningún consejo lo que intento impide.
(p. 45b)

4. M. DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, (Edic. de Juan B. Avalle-Arce), Madrid: Alhambra, 1979, I, p. 444.

Ser singular, es decir, «ser único y peculiar», «extraordinario», «excelente», «distinto y separado del común»,[5] es, para Laureano, criterio supremo de sus actos, un criterio por el que se sitúa muy por encima de la razón, desoyendo el consejo de Celio que sabiamente la invoca como regla de toda acción humana. Ser singular no significa aquí otra cosa que una postura de soberbio individualismo por la que Laureano pretende actuar al margen de la moral, persuadido de que el calificativo de «divino» que la gente ha dado a su ingenio es una realidad consubstancial a su persona. Y así, engreído dios menor, se cree con derecho a manipular los sentimientos e incluso las conciencias de otros seres humanos, concreta e irónicamente de aquéllos que por estar unidos a él con vínculos más entrañables debieran ser objeto de su mayor estima: su inseparable servidor y amigo Celio y su ejemplar esposa Fabia, a los que va a tratar como material de laboratorio, realizando con ellos un experimento indigno y totalmente gratuito.

Tal actitud es índice claro de algo que Lope condena sin atenuantes: la falta de amor o, mejor dicho, la incapacidad para el amor verdadero, pues Laureano con su proyecto cosifica, despersonaliza a Fabia. Para nuestro dramaturgo, como hemos indicado en varias ocasiones, el *verdadero amor* debe estar fundado en *razón*.[6] El amor que prescinde totalmente de esta facultad eminentemente humana, no puede llamarse amor, sino apetito que llega a envilecer al individuo. En este mismo sentido es significativo el comentario que Laureano hace a Celio, cuando éste le informa que el duque ha decidido casarle con su sobrina:

> Quiere obligarme
> al *yugo de la razón*
> .....
> Pues vamos; que, si en efeto,
> me da a Fabia por mujer,
> me casaré, aunque es perder
> *esta* opinión de discreto.
> (p. 43a)

Hasta el momento de su matrimonio, Laureano ha vivido a sus anchas en el mundo de la razón, restringiéndola sólo a su dimensión intelectual. El «divino humano» no ha sufrido contratiempo ni fracaso alguno en ese mundo etéreo de la sabiduría ideal, de las letras y los libros. Ha conseguido manipular a su antojo

5. *Diccionario de Autoridades*, ver voces «singular» y «singularidad».

6. «Amor fundado en razón, / no se le puede negar, / señora, que vino a hallar / su devida perfección» (Lope de Vega, *El poder en el discreto*, Edic. de Henryk Ziomek, Madrid: Gráficas Molina, 1969, vv. 31-34). Ver Jaime FERNÁNDEZ: «Esencia del amor y valoración de la persona en *La moza de cántaro* de Lope de Vega» (en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Berlín, 1989.

esa razón, lo cual le ha reportado, como él mismo admite, una determinada opinión de discreto. Pero, al ser puesto bajo el *yugo de la razón*, es decir, la razón total, que implica también una dimensión ética, Laureano trata, engreído, de seguir manipulándola, y la razón se vuelve contra él, acabando por descubrir su necedad, destruyendo su matrimonio, abatiéndole a él mismo en la deshonra y provocando actitudes inmorales en el grupo humano que le rodea. Su actitud soberbia ejemplifica una vez más en el teatro de Lope el aforismo de Gracián: «que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance».[7]

La «discreción» de Laureano nada tiene que ver con la verdadera discreción, según la define Damasio de Frías: «Porque no es otra cosa discreción que un hábito del entendimiento práctico, mediante el cual obramos en las cosas cuándo y cómo, dónde y con quién, y con las demás circunstancias que debemos».[8] Precisamente el error fundamental de Laureano consiste en el desprecio absoluto de las circunstancias concretas en que se halla inmerso, en ignorar el valor de las personas que le rodean y en la obsesión por verificar que el mundo es como él cree, es decir, algo que no está a la altura de su ingenio singular y perfecto. Así pues, la soberbia intelectual que impulsa a Laureano a emprender el descabellado experimento con su esposa, no es, en el fondo, sino celos de la perfección que ha visto en ella y que varias veces se ha visto obligado a confesar, calificándola de «santa, virtuosa y casta».

Laureano insiste a Celio para que prosiga los asedios amorosos a Fabia. Su necedad se hace obcecación. Y vuelve a desoír las sabias advertencias del amigo que definen su sinrazón:

> Porque esto es necedad, y hacerla basta;
> que hacerla un hombre, en fin, no es maravilla;
> pero es más que de *bestias* proseguilla.
> (p. 49b-50a).

El concepto de «bestia» indica una situación diametralmente opuesta a la del hombre con honor. Representa el final de un proceso de afirmaciones soberbias del «yo» individual y ciegas negaciones de la razón, final lamentable en que el

7. *El criticón*, Edic. de M. Romera Navarro, Hildesheim: Georg Olms Verlag, 1978, (II, «Crisi quarta», p. 127). Este aforismo aparece sugerido, al menos, en dos pasajes. Mongil, el gracioso, dice a Celio: «*Estos que saben latín* / todo piensan que es hablar / en jerigonza, y mirar / el principio, el medio, el fin, /el pro y el contra a las cosas. / Yo me entiendo...» (p. 41b-42a). Y más adelante, Celio: «¡Oh letras, de soberbia engendradoras, / *del saber natural despreciadoras*, / a quien prestan las artes obediencia!» (p. 61a). Ambos pasajes constituyen una crítica indirecta de la actitud de Laureano.

8. Damasio DE FRÍAS, «Diálogo de la discreción» (en *Diálogos de diferentes materias*, Colección de escritores castellanos, Madrid, 1928, p. 35.

hombre queda despojado de esa facultad eminentemente humana que le diferencia de los brutos. El término de «bestia», que se repite en otras comedias de Lope,[9] es semejante al de «salvaje», que aparece en *Peribáñez* para calificar al comendador,[10] pero evidentemente está cargado de connotaciones más negativas. Y esto es así, porque de la comparación entre ambas figuras dramáticas se destaca al punto una diferencia esencial. La causa de que ambos no actúen bajo los dictados de la razón es diversa: en el comendador, es su exceso de «amor pasión» que le ha cegado; en Laureano, es una «pseudodiscreción», originada por su individualismo soberbio, que a la vez le priva de la posibilidad de amar. Estimamos que Lope trata a la figura del comendador con cierta comprensión e incluso ternura, mientras que apenas se descubre en él algo de simpatía en el tratamiento de Laureano, pues queda subrayada su figura con trazos caricaturescos. La ironía que aparece a lo largo de la comedia, la confusión que su necedad provoca en el ambiente que le rodea y el trágico final de su locura, así lo prueban.

La ironía queda subrayada en el mismo título de la pieza en esa subordinación de términos contrarios,[11] y se despliega en múltiples aspectos. Porque, si para Laureano, la mujer es un ser liviano e inconstante, es él precisamente quien reúne todos esos rasgos negativos por sus malintencionados amoríos nocturnos aun después de casado. Además, Laureano el «divino», parece empeñado en probar que dicho calificativo carece de sustancia, pues pone todos los medios para acabar reducido a la categoría degradante del bruto. Y la locura y desvarío, de que le acusaba Celio en sentido figurado, se harán realidad física al final de la comedia.

La confusión que con su actitud provoca Laureano en el ambiente que le rodea es, como él mismo admite, total:

El querer *ser singular*
a tanto mal me ha traído,
que esta palacio revuelto,
vengados mis enemigos,
mi mujer hecha una fiera,
el Duque ya sin oídos,
mis amigos alterados,
y mi casa laberinto.
¡Oh, famosa *necedad*!

9. Así, por ejemplo, en *El cuerdo en su casa*, Edic. de Emilio Cotarelo, *Obras de Lope de Vega*, Madrid: Real Academia Española, 1929 (Tomo XI, p. 583b, 584a). Ver Jaime FERNÁNDEZ, «Carencia de discreción, causa de deshonra: *El cuerpo en su casa* de Lope de Vega» (en J. Laurenti y V. Williamsen (Ed.), *Homenaje a Alberto Porqueras Mayo*, Kassel, Edit. Reichenberger, 1989.

10. Lope DE VEGA, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, Edic. de A. Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1969, «Clásicos Castellanos» (v. 1044).

11. Damasio DE FRÍAS, *op. cit.*, p. 25-26.

Pero además, y esto es más grave, tal situación laberíntica no puede reducirse a una mera comedia de enredo, sino que indudablemente representa la manifestación de una serie de inmoralidades, índice doloroso de la falta de firmeza del universo interior de todos esos personajes dramáticos. El duque no sabe a qué atenerse respecto a la relación que del asunto le van haciendo todos ellos: «¿Qué laberinto es éste? Por ventura / ¿todos dicen verdad y todos mienten?» (p. 62a). En realidad, todos mienten y se acusan sin piedad unos a otros buscando sólo la propia salvación. Celio es quien más sufre las consecuencias de la necedad de su amo; y de criado, amigo y consejero del mismo, llega a convertirse en traidor, mostrando una absoluta falta de ética. Porque nunca dirá claramente la verdad: primero, por temor a la muerte, y luego por conveniencias.[12] El duque juzgará mal a Polibio, su secretario, sin mayores indagaciones, y se lanzará a dictaminar precipitadamente sobre la causa de la necedad cometida por Laureano. Incluso Fabia es presa de un furor irracional, pues pretende matar a Celio, aunque luego recobra el aplomo, que mantendrá ejemplarmente hasta el final, dando pruebas de entereza y virtud.

Así, el individualismo ciego de un personaje ha causado la confusión y la inmoralidad en los personajes de su mundo y ha destruido su propio hogar, sumiéndolo en la deshonra.

12. En este aspecto puede ponerse en duda la generalización del principio de la «justicia poética», abogado por A. Parker. Con F. Ruiz Ramón (*Estudios de teatro español clásico y contemporáneo*, Madrid: Fundación Juan March / Cátedra, 1978, p. 32) afirmamos que esto sería así, si en la comedia se diese un solo nivel de culpabilidad. En esta pieza la justicia poética se cumple en Laureano, pero de ningún modo en Celio.